

Ángel Rodríguez: un recuerdo desde la lejana permanencia

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT
(Doctor en Historia Moderna)

Cuando se traspasa la frontera del tiempo, cuando todo queda ya fijado en la permanencia de unas imágenes entrañables de momentos vividos en común, es cuando los recuerdos se convierten en vivencias intensas del pasado que deseamos recuperar para no perder el hilo de nuestra propia existencia. Pues, muchas veces, estas rememoraciones desde la lejanía con amigos como Ángel Rodríguez Sánchez, son momentos cruciales que se resisten a pasar al olvido, porque fueron encrucijadas que significaron mucho en la propia e irreplicable experiencia vital.

Nuestra aventura común por los vericuetos de la Historia comenzó allá por los años sesenta, -casi se cumplen ya cuarenta años, -cuando coincidimos en las vetustas aulas de la Universidad de Salamanca: yo como profesor ayudante de prácticas, iniciándome en los ritos y liturgias de la enseñanza universitaria, y Ángel Rodríguez como estudiante de cuarto curso de carrera, soportando mis clases de «Comentario de Textos» junto a otros compañeros que, como él, fueron desbrozando el difícil camino hacia las cátedras universitarias que hoy ocupan, desperdigados por los más variados paisajes académicos.

En el Seminario de Historia Moderna, -bajo el magisterio del profesor don Manuel Fernández Álvarez, -también nos iniciamos ambos en el trabajo de investigación, colaborando en aquella ingente obra recopiladora del «Corpus Documental de Carlos V» (Salamanca, 1973 - 1981) en la que se curtieron y forjaron nuestros hábitos de futuros historiadores de campo, transcribiendo, ordenando y desentrañando abultados legajos de documentos que fueron nuestro bautizo paleográfico y nuestra consagración como inquisidores del pasado, a partir de las silentes y barnizadas estancias de Simancas.

Los avatares del momento obligaron a Angel a marchar a Azpeitia, como profesor de historia de un colegio religioso, mientras que yo, en 1971, también abandonaba Salamanca para incorporarme al claustro de profesores del Colegio Universitario de Filosofía y Letras de Cáceres, feliz y oportunamente creado por las autoridades locales en demanda de una Universidad que no acababa de llegar, cuya dirección había sido confiada al Dr. don Ricardo Senabre Sempere. Al año siguiente, Ángel se decidió a escribirnos una carta personal y perentoria en la que nos pedía ser admitido en la ampliación del profesorado del Colegio, dado que, al iniciarse segundo curso de los llamados entonces «comunes», yo tendría que pasar al curso superior y quedaba vacante la plaza de profesor de Historia Universal. Para él esta posibilidad sería una liberación, ya que a las difíciles condiciones de convivencia del País Vasco se unían las peculiares circunstancias del trabajo en la enseñanza privada y monjil. No obstante, la burocracia se imponía, y como nuestro Centro Universitario dependía académicamente de la Universidad de Salamanca, hubo que pedir al departamento de Historia Moderna de aquella Universidad la preceptiva propuesta.

No se cumplió nuestro deseo, pues Salamanca propuso a otro candidato; con lo cual tuve que emplear toda mi capacidad de convicción ante la Junta de Profesores del Colegio y ante su Patronato, -del cual yo era secretario-, para conseguir que fuera Ángel Rodríguez, y no otro quien viniese a Cáceres, reiniciando así la mutua colaboración investigatoria que ya teníamos empezada.

¡Cuánto me gusta evocar aquellos primeros años del Colegio Universitario!

Aquellas interminables jornadas con Angel comentando, debatiendo, reenfocando la impartición de la asignatura de acuerdo con nuevos métodos y conceptos, con nuevos enfoques y problemas que se impusieron en la vida universitaria en los años setenta, en titánica lucha contra el tradicionalismo inmovilista de las viejas escuelas.

Ambos nos movíamos en el terreno de la «nueva historia», de la «historia total», ribeteada de un cierto marxismo abstracto y conceptual, que la historiografía española debía a la influencia tardía de la revista *Annales* y a los incontables escritos y publicaciones de Pierre Vilar, Ferdinand Braudel, Ernest Labrousse, Pierre Chaunu y otros autores franceses que habían derramado su salutífera influencia sobre Jaume Vicens, Juan Regla, Josep Fontana y la generación de hispanoamericanos formados en la Escuela Normal Superior de París, cuyas esencias literarias bebíamos y engullíamos con verdadero deleite intelectual, procurando recogerlas extensamente en la Biblioteca Universitaria de

Filosofía y Letras que hablamos formado en el Colegio con los fondos tan generosamente donados por el Patronato del mismo.

Hablar de «marxismo», de «estructuralismo», de análisis de las mentalidades o de los sistemas era moneda de frecuente intercambio entre los jóvenes profesores que aspiraban al doctorado con temas de investigación novedosos y originales, lo cual no dejó de provocar algún leve conflicto institucional con organismos oficiales del Movimiento Nacional o con instituciones provinciales menos rígidas. Percances normalmente suavizados por el prestigio y excepcionalidad con que todo lo universitario era aceptado en la sociedad estudiantil cacereña.

Ángel desarrolló en su tesis doctoral un tema bastante inédito en la historiografía española del momento: la población y los comportamientos demográficos de los cacereños en el siglo XVI; para lo cual contó con abundantes fondos archivísticos procedentes de Simancas y con los libros sacramentales existentes en los archivos parroquiales de las cuatro colaciones cacereñas. Pero quizá, lo más relevante de su trabajo como futuro doctor fue su aportación teórica y metodológica en un terreno de la investigación tan escasamente trabajado como aquél.

Nuestro pequeño Seminario de Historia Moderna, -al que se incorporaban pronto otros miembros, cuando dieron comienzo los cursos de especialidad-, se fue configurando como un «foro» permanente de discusiones y reflexiones sobre los métodos de investigación y enseñanza, sobre los nuevos enfoques y teorías de la Historia, a los que daría un gran impulso también el profesor Antonio Rodríguez de Las Heras, desde la Historia Contemporánea, Gonzalo Barrientos Alfageme, desde el campo de la Geografía, y otros que sería prolijo citar en esta breve reseña.

Fueron también aquellos años de entusiasmada proyección de las tareas universitarias hacia la sociedad extremeña: de participación en los Congresos y Jornadas de Estudios Extremeños, en ciclos de conferencias destinadas a círculos y Asociaciones mercantiles, ciudadanas o culturales; de publicación de artículos y colaboraciones en periódicos, revistas o volúmenes de diverso carácter; haciendo presente, en definitiva, la nueva dimensión de la vida local cacereña a través de exposiciones, representaciones de teatro universitario, celebraciones académicas, etc.

En 1976, el entonces Ministro de Educación Nacional suspendió radicalmente las comisiones de servicio de todos los Catedráticos de Bachillerato en la

Universidad, obligándome con ello a ocupar mi plaza en el Instituto «Suárez de Figueroa» de Zafra.

En Cáceres estaba ya creada la esperada Universidad de Extremadura desde 1973, donde estuve impartiendo clases de Historia Moderna, en el Colegio Universitario, de Paleografía en la Facultad de Filología, de Historia del Derecho en la correspondiente Facultad. Mientras, Angel configuraba un equipo de jóvenes investigadores en Demografía Histórica que iba a tener amplias resonancias en congresos y jornadas de ámbito nacional.

Estos jóvenes investigadores, -hoy varios de ellos catedráticos universitarios, -serían Miguel Rodríguez Cancho, José Luis Pereira Iglesias, -también recientemente desaparecido, -Isabel Textón Núñez, Alfonso Rodríguez, Fernando Cortés Cortés, etc., que fueron entonces ocupando los puestos de profesores, -el mío entre otros-, a medida que fue regularizándose en los nuevos planes de estudios una especialidad concreta de Historia, a partir de la aprobación de la L.R.U., tan desafortunada en otros varios aspectos.

El interesante y masivo Congreso Internacional sobre Hernán Cortés y su Tiempo, celebrado en diversas localidades extremeñas con motivo del V Centenario de este destacado adalid de la conquista de México, volvió a ser ocasión para que Ángel y yo presentásemos sendas «comunicaciones» de forma conjunta. E, incluso, poco después, para que comenzásemos una nueva convergencia política como compañeros y concejales en el Ayuntamiento de Cáceres, en el mandato municipal de 1987-1991, que él no llegó a terminar por su traslado a la Universidad de Salamanca.

El rasgo personal que mejor definió a Angel Rodríguez en toda esta etapa cacereña de su vida, -según lo recuerdo a través de esta lejana pervivenda de su trato y amistad-, fue la permanente duda que solía atormentarle, la inseguridad de estar en lo cierto, la crítica constante a sus propios planteamientos y convicciones.

¡Cuántas veces le encontraba solo, paseando y reflexionando por las calles de Cáceres, rumiando cuestiones que él convertía en problemas, por su personal manera de analizarlos desde todos los puntos de vista, y siempre recelando lo peor o lo menos favorable!

¡Cuántas veces hubimos de animarle, de infundirle autoconfianza y decisión, cuando le veíamos más decaído y pesimista!

Otra cualidad destacada y destacable era su capacidad de trabajo: su continua disponibilidad para cualquier tipo de empresa, proyecto o investigación

sobre aspectos que afectasen a sus responsabilidades en la Universidad o a sus tareas políticas en el Ayuntamiento, incluso para acorrer y ayudar a los demás en cualquier dificultad que tuvieran.

¡Nunca dijo a nada que no! Aunque ello le llevara horas y horas trabajando. Ángel era el perenne cooperante; uno de los pocos que se ofrecía siempre voluntariosamente para realizar las tareas menos gratificantes o más onerosas de la Facultad.

Esta dimensión de su personalidad, -que se prolongó en Salamanca cuando fue Decano de aquella Facultad-, le convirtió en un autor prolífico y generoso en la publicación de artículos y estudios sobre Historia Moderna y Demografía Histórica de Extremadura en revistas especializadas, en volúmenes de homenaje, en antologías o en manuales de Historia, en los que dejó una especial huella de rigor y originalidad.

Sin duda, esta profunda huella ha quedado marcada indeleblemente en su paso por nuestra ciudad. Cáceres siempre recordará a Ángel Rodríguez Sánchez, pues fueron muchos los cacereños que sintieron su magisterio en las aulas universitarias y muchas las investigaciones y publicaciones que dedicó a nuestra tierra, rompiendo los viejos esquemas y los tradicionales tópicos que desinformaban sobre la realidad del pasado regional. Para Ángel, como para Hegel, la Historia fue el progreso de la conciencia de la libertad, y por ello siempre la cultivó con un profundo respeto y con una enorme seriedad.

Si hubiéramos de hacer una catalogación de la obra completa de Ángel Rodríguez habríamos de comenzar por su obra humana, por su amabilidad y buen talante: quizá sea este el territorio donde más profundizó su huella y donde mejores discípulos dejó. Después hay que referirse a sus reflexiones y especulaciones sobre la teoría y la práctica de la Historia, en cuyo territorio también dejó multitud de artículos y colaboraciones publicadas en *Norba Historia*, *Alcántara*, *Estudios Extremeños* y otras revistas universitarias y regionales.

Finalmente, el capítulo más abultado sea el de proyectos de investigación, tesis doctorales y obras de hondo calado, en el que no solamente aportó un extenso trabajo, sino que promovió entre sus discípulos y continuadores una corriente de entusiasmo e interés por la búsqueda de las claves sociales y potíficas de la historia que ha fructificado en una amplísima bibliografía que siempre quedará como aportación fundamental.